

EL NIÑO QUE QUERÍA VOLAR

Por **VICENTE DUARTE R**

TODOS hemos oído hablar de los viajes espaciales, ¿verdad? Hasta hemos visto por la televisión los lanzamientos de naves para explorar el espacio. También es algo muy familiar escuchar por la radio los informes de una misión espacial.

¿Y qué diremos de los aviones? Todos los días los vemos volar en distintas direcciones. No es raro que, entre nuestros variados juguetes, se encuentren aviones con los cuales jugamos a ser aviadores y nos figuramos que volamos sobre ciudades y continentes para conocer el mundo.

Pues bien, el niño de nuestra historia, que quería volar, era muy singular entre los demás de su ciudad natal, pues en su época muy pocos habían visto volar a un ser humano. Sólo había oído a su padre leer en un periódico las noticias sobre los experimentos hechos por varias personas en distintos países con el fin de poder volar.

Ese niño de quien ya comenzamos a hablar se llamaba Camilo Daza. Nació en Pamplona, República de Colombia, en el año 1898, cuando ni aún se pensaba en ver aviones que volaran sobre este pintoresco y montañoso país sudamericano. Comenzó sus estudios en la escuela primaria de su ciudad natal, enclavada en la cordillera de los Andes.

Siempre que salía de la escuela les hablaba a sus amiguitos de los planes que tenía, cuando fuera grande, de pilotear esas máquinas voladoras tan comentadas por los periódicos de su país. Se imaginaba volando sobre las montañas que circundan a Pamplona, viendo sus verdes campiñas aledañas, sus sembrados de trigo, su propia casa y la catedral colonial- de cuya arquitectura se enorgullecían todos los habitantes de dicha ciudad. Pero, ¿cuándo sería todo esto? Algún día cuando fuera.

Su ciudad natal, con un clima frío durante todo el año debido a su altura, ofrecía por lo menos una buena perspectiva para sus planes pues en esta ciudad colonial, tachonada de iglesias y conventos, abundaban también los colegios dirigidos por monjes, quienes poseían extensas bibliotecas en las cuales la mente intrépida del niño podría hallar si acaso una historia que lo animara.

Un día, al salir de sus clases, se quedó hablando con un monje a quien le pidió que le prestara un libro sobre esos ensayos hechos para volar. El monje quedó sorprendido por el pedido de su pequeño amigo; a nadie se le había ocurrido leer historias tan raras. Además sólo se había visto a los niños jugando a montar a caballo. Ni aún se conocían los automóviles; solamente los antiguos trenes de vapor. Y ahora este niño jugaba a manejar un aparato volador. Entre los muchos libros del convento no había ninguno especializado en tales temas. Sin embargo Camilo recibió la promesa de que quizá más tarde se le podría complacer en lo que pedía.

Un día de tantos, el monje halló un libro con biografías de grandes hombres de la época del Renacimiento italiano. De pronto... Allí estaba la historia precisa; la biografía de Leonardo de Vinci, que narraba datos muy curiosos relacionados con sus experimentos hechos hacía cuatro siglos para tratar de volar, imitando el vuelo de las aves. Esa misma tarde llegó a casa de Camilo un mensajero del convento para decirle que su amigo el monje, le tenía una sorpresa.

Eso tiene que ser sobre las máquinas para volar, pensó inmediatamente y pidiendo a sus padres el permiso para salir, se abrochó su sobretodo y se dirigió al lugar donde le aguardaba la sorpresa.

Una vez en el convento, cruzó por el largo corredor que conducía a la biblioteca. Allí estaba el monje esperándolo de pie con un libro grande sobre el escritorio. Después de un caluroso saludo, Camilo recibió exactamente lo que deseaba.

-En ese libro hay algo que te va a gustar-dijo el monje, y señaló el voluminoso libro de las biografías-. ¿Sabes de qué trata? -preguntó el monje.

-Dígame- -exclamó Camilo.

-De las máquinas voladoras.

Exactamente eso era.

Ávidamente el niño leyó las páginas que narraban con elegante gramática los experimentos de Vinci. Desde luego, había muchas cosas que no podía entender, pero estaba muy feliz. Así pasó toda la tarde leyendo aquella historia. Cuando salió para dirigirse a su casa su padre le aguardaba en la antesala del convento, muy serio, quizá por su demora. Ya había caído la tarde y en las angostas calles se encendían las luces.

Por fin su hijo había quedado satisfecho, pensó el padre al despedirse de aquel amable monje que había complacido las inquietudes de su hijo.



Esa noche Camilo no dijo nada, pero al día siguiente tenía otras preguntas que quería hacerle al monje. ¿Dónde fabricaban esas máquinas? ¿Había alguien que le enseñara a manejarlas? ¿Cuánto podría costar ese aprendizaje? El monje quedó más sorprendido aún. ¿De dónde sacaba ese niño semejantes ideas? Lo único que el monje sabía, por la prensa de Bogotá, era que en los Estados Unidos de América, los hermanos Wright, habían construido en 1903 una máquina muy rudimentaria para volar, y que, años atrás en Europa, Clemente Ader lo había logrado en una máquina voladora de vapor.

Esta vez, su amigo monje sabía que no podría satisfacer más la curiosidad de su amigo, y colocando la mano sobre su hombro le dijo:

-Muchacho, que Dios te ayude; algún día lograrás lo que quieres.

· Ya contaba Camilo con doce años de edad. Realmente era muy chico para aprender a manejar un avión; no obstante fue a esa edad cuando dio rienda suelta a sus ansias de volar. Si se podía volar, pensó, él también lo intentaría, y así lo hizo lanzándose desde varios metros de altura, en su casa paterna, sustentado por unas alas construidas según su propia intuición. Fue entonces cuando sufrió una aparatosa caída, la primera como 'aviador'. Pronto se recuperó de las heridas de su primer accidente y con gran coraje comenzó a salvar los inconvenientes que se le presentaban. En su mente sólo había una meta: sería piloto a pesar de todo.

Abandonó la escuela y consiguió un trabajo que le permitió ahorrar una buena suma de dinero. Llegó por fin el día cuando viajó a los Estados Unidos de América, para estudiar aviación. Como fruto de su tesonero esfuerzo y no pocas privaciones, logró graduarse de piloto a la edad de veinte años. Había realizado su sueño. Era un aviador. Viajó luego a España, donde compró un rústico biplano, El Cuadrón, que, tras muchas peripecias, llevó a su tierra natal. Corría el año de 1919. En su pueblo natal sólo se comentaba una noticia: Camilo regresaba... y llegaría volando. Miles de personas, entre las que figuraban sus padres, se habían congregado en un campo despejado fuera de la ciudad, el cual serviría como pista de aterrizaje. Todos aguardaban impacientes. Era la primera vez que se veía algo semejante. De pronto se oyó a lo lejos el ruido ensordecedor del motor. Todos los ojos se volvieron hacia el cielo azul del paisaje andino y allá, a la distancia, comenzó a verse un puntito en el cielo. Era el extraño aparato que todos deseaban conocer. Camilo volvía victorioso a su patria y a su ciudad natal.

No podía ser otro; sí, realmente él era.- El aparato voló primero sobre la ciudad. Allí desde el aire se veía la hermosa catedral, más allá su casa natal donde años antes había - caído al tratar de volar. Ah, sí, allá abajo estaba también el convento donde había leído la historia de de Vinci. Entonces el avión descendió suavemente sobre el campo de aterrizaje; se posó sobre el piso, rodó unos cuantos metros y finalmente se detuvo. El motor dejó de sonar, y de su rústica cabina descendió un joven alto, robusto y sonriente. Camilo había vuelto. Era piloto. ¿Qué más haría? Las sonrisas, las lágrimas, y las miradas de asombro se conjugaron aquella mañana. Todos deseaban saludar a Camilo; todos querían verlo y oírle contar sus aventuras. Pero el rostro siempre sereno de Camilo reflejaba lo que en su mente había; tenía planes tan extensos como el mismo horizonte; sus ojos parecían mirar hacia el futuro cuando los aires de Colombia serían surcados por aviones que unirían diversos puntos del país.

DÍAS más tarde se dirigió a Cúcuta, ciudad capital de su departamento, donde fundó al poco tiempo la Sociedad Norte-Santandereana de Aviación, efectuando vuelos locales de turismo.

Tantos fueron los esfuerzos de Camilo, que en ese mismo año se oficializó la aviación comercial en Colombia, utilizando hidroaviones Junkers W 34. Colombia era ahora la primera república de América y la segunda del mundo que tenía aviación comercial.

Las ideas de Camilo habían triunfado y eran la solución del transporte en un país tan montañoso como Colombia. Pero allí no había terminado todo. El Ejército Nacional y la naciente Fuerza Aérea Colombiana necesitaban orientación y para eso estaba ahora Camilo. En 1922 comenzó sus actividades aéreas militares, y entonces obtuvo el grado de subteniente piloto. En 1929 fue enviado a especializarse en España, donde sufrió el más grave de los 32 accidentes de toda su vida de aviador. Aprendió a conducir el autogiro, híbrido de avión y helicóptero, inventado y construido por Juan de la Cierva.

En 1940, siendo mayor de la Fuerza Aérea Colombiana, funda en compañía de otro pionero de la aviación, David Méndez, una escuela de aviación civil donde enseña a pilotear a varios alumnos, entre los cuales se contaban algunas damas. Simultáneamente construye en el garaje de su propia residencia un modelo de planeador en el que logra registrar una nueva altura sobre Bogotá.

A los 58 años de edad el coronel Daza decide seguir estudiando e ingresa a la Escuela de Helicópteros de la Fuerza Aérea Colombiana, y en 1956 se gradúa con honores en este tipo de aeronave.

Su nombre se había extendido a lo largo y ancho de Colombia. El aeropuerto internacional de la ciudad de Cúcuta adoptó el nombre de Camilo Daza en honor al más famoso de los aviadores colombianos.

Durante la ceremonia que se llevó a cabo en esa oportunidad, el coronel Daza dijo: "Sólo deseo que Dios me conceda seguir volando y que me de el cielo para también volar allá".

Posteriormente, en diciembre de 1961, siendo el invitado de honor del comandante de la escuadrilla aérea acrobática norteamericana The Thunderbirds, el coronel Daza se sentó en la cabina de un reactor F 100. Durante el

vuelo se efectúa el rompimiento de la barrera del sonido, y al final del mismo recibe el distintivo de piloto supersónico, a los 63 años de edad.

En 1973 Camilo Daza fue ascendido por el gobierno de Colombia al grado de Brigadier General de Aviación con categoría honoraria. Era el supremo reconocimiento de su patria al anciano piloto que tanto había hecho por la aviación colombiana.

La figura noble y valerosa de Camilo Daza había traspuesto los umbrales de la fama. Su existencia estaba colmada de gratos recuerdos; a la vez que su actuación se convertía en ejemplo de valor y decisión para todos, como también para sus propios hijos, cuatro de los cuales, y dos nietos, son pilotos.

El día 18 de marzo de 1975 se extinguió, en medio del afecto de todos sus amigos, la vida de aquel noble piloto que, desde que era niño, quería volar.

Los datos tomados para este relato, son fiel copia del "Álbum de Historia de la Aviación colombiana".